

## 096. ¡Bienaventurados!...

Se cuenta por ahí muchas veces lo que le pasó un día a Santa Teresa de Jesús. Tuvo algún percance fastidioso, se hizo mal, sentía mucho dolor..., lo que fuese. El caso es que sufría bastante. Se le aparece entonces Nuestro Señor, y le dice muy amable: *-Ya ves, Teresa: lo que yo doy a las almas escogidas es el regalo de mi cruz; así trato a mis mejores amigos.* Y la tremenda y aguda Teresa le responde a Jesús con su gracejo de siempre: *-¿Así tratas a tus amigos? Por eso tienes tan pocos...*

Cuando leemos en Mateo y en Lucas la página de las Bienaventuranzas, casi nos vienen ganas de hablarle a Jesús de la misma manera que nuestra querida Teresa: *-Pero, Jesús, ¿te das cuenta de lo que nos dices? ¿Nos quieres ganar cuando nos prometes y nos das pobreza, lágrimas, hambre y persecución? ¿Y nos aseguras encima que en esto va a estar nuestra felicidad?... No te entendemos, Señor.*

Efectivamente, nunca el mundo entenderá esas paradojas, esas contradicciones, que encierran las proclamas de Jesús:

son dichosos los pobres, porque ellos van a poseer el Reino de los Cielos, mientras que los ricos se quedarán fuera, porque ya tuvieron en este mundo cuanto querían y fueron sus dueños absolutos;

son dichosos los que lloran, porque van a ser consolados, mientras que los que ríen ahora van a llorar amargamente después;

son dichosos los que tienen hambre, porque un día van a ver satisfechos, en tanto que los hartos van a tener un hambre eterno que nunca será saciado;

son dichosos los limpios de corazón, porque verán a Dios, mientras que los sumergidos en el fango del placer quedarán ciegos para siempre...

Y sigue Jesús con la lista desconcertante de sus promesas, todas ellas en oposición diametral contra todo lo que el mundo piensa y quiere. Ha sido ésta la constante de Dios en su Iglesia.

Las apariciones de la Virgen en Lourdes están llenas de encantos, ¿no es verdad? Pues, bien; la Virgen María le dice a Bernardita Soubirous, la angelical vidente: *-No te prometo hacerte feliz en este mundo.* Y Bernardita tuvo suficiente para sospechar lo pesada que sería la cruz de su vida...

El Catecismo de la Iglesia Católica, cuando nos va a hablar de este tema central del Evangelio, titula el capítulo con estas palabras: "Nuestra vocación a la Bienaventuranza" (CatIC 1716-1724). Es decir: que somos llamados a ser felices; que Dios nos quiere felices, que Dios nos convoca a su misma felicidad;

Y el camino de esa dicha que esperamos es el trazado por Jesús en la página desconcertante de las Bienaventuranzas, las cuales nos enseñan que el camino seguido por el mundo para la felicidad es un camino equivocado, mientras que el camino del Evangelio, contra todas sus apariencias, es el camino que conduce a la felicidad verdadera.

Solamente a la luz de esta enseñanza de Jesús se entienden también estas dos sentencias tuyas, de las más aleccionadoras de todo el Evangelio: Nos dice en una: *- ¿Qué le aprovecha al hombre ganar todo el mundo, si pierde su vida, si al fin se pierde*

a sí mismo?... Y en la otra: *-Tomad mi yugo sobre vosotros, porque mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mateo 16,26; 11,30)

La primera de estas dos sentencias está confirmada por multitud de casos, vistos por nuestros ojos cada día.

Como el de aquel joven que llevaba una vida muy extraviada. Entre juego, licor, diversión y amigas, el pobre bebía a tragos la intranquilidad, la insatisfacción, el remordimiento... Se vuelve a Dios muy oportunamente. Se contenta con su novia, a la que quiere locamente a la vez que la respeta hasta lo sumo.

Y a los amigos de antes, que le envidian secretamente, y a quienes lo critican por pura hipocresía, les dice valiente: *-¿Sabes lo que es el mundo? Un astuto criminal, que promete, no da nada, y te roba todo lo que tienes. ¿Y sabes lo que era yo cuando me rendía a ese mundo traidor? Era un estúpido y nada más.*

Menos mal, que el pobre muchacho se dio cuenta a tiempo y tuvo ocasión de rectificar.

Sobre la otra sentencia hay también casos a montones, que comprueban la verdad de la palabra de Jesús. Se encuentran santos y santas que llevan encima cruces muy pesadas. Todos sin excepción viven felices; ninguno de ellos sabe lo que es la tristeza; y todos son unos verdaderos cascabeles de alegría. Nos bastaría sólo ver a uno triste, para echarle sin más encima el consabido mochuelo:

*- ¿Eres un santo triste? ¡Ay, qué triste santo eres!...*

Esa vocación a la felicidad, señalada por el gran Catecismo como llamada de Dios, tiene cumplimiento definitivo sólo en la vida futura.

Después de este mundo —en el que habremos sido pobres, y llorado, y tenido hambre, y sido puros yendo contracorriente, y hasta habremos sido perseguidos y mortificados y burlados por haber seguido las huellas de Jesús—, nos espera el cumplimiento de la promesa del Señor en la gloria futura, expresada genialmente por Agustín con estas palabras que trae el mismo Catecismo:

*- Allí descansaremos y veremos: veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí lo que acontecerá al fin sin fin. ¿Y qué otro fin tenemos, sino llegar al reino que no tendrá fin?...*

¿Tienen las Bienaventuranzas del Evangelio muchos seguidores? Siendo una vocación a la felicidad, ¿arrastran a los hombres como deberían arrastrar?...

Nuestra simpática Teresa podía bromear con Jesús diciéndole que tiene pocos amigos porque practica de una manera magistral semejantes proclamas, que son duras sólo en apariencia.

La verdad es que sí, que a Jesús se le cree, y se le sigue, cuando dice en su carta programática: *¡Dichosos..., por que vuestro es el Reino de los cielos!...*